

# Sorprendidos por una tempestad

Recuento de Mateo 8:23-  
27, según un discípulo

Nadie podía narrar  
como narraba el  
Maestro: relatos  
sobre campos y  
ovejas, una

moneda perdida y un hijo descarriado, siervos sabios y necios,  
vigilantes y vírgenes, por mencionar algunas nada más.

Se venía el anochecer y estábamos ya agotados tratando de  
mantener el orden. La multitud llevaba allí varias horas. No  
dejaba de empujarnos hacia la orilla agolpándose para acercarse  
a Jesús y tener una mejor vista o tocar Su manto para obtener  
una bendición. Jesús tuvo que contar Sus relatos desde una de  
las barcas de pescadores para que le oyeran. Como se hacía  
tarde les dijimos a todos que se fueran a casa. El espectáculo  
había terminado por hoy.

Jesús nos señaló que fuéramos al otro lado del lago de Galilea,  
pues sabía que allí nos esperaba otra aventura, ¡como si  
necesitáramos más emociones! Todos esperábamos un merecido  
descanso y tranquilidad.

Embarcamos en aguas tranquilas, satisfechos por lo realizado  
ese día. Jesús estaba tan agotado como nosotros. Tanto así que



poco después de zarpar se fue a la popa, donde pronto se quedó dormido sobre una almohada. Nuestras condiciones de vida eran bastante rigurosas, por lo que agradecíamos las pequeñas comodidades. Él solía decir que las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero que Él no tenía dónde reclinar la cabeza; muy cierto, aunque ¡cuánto ayuda una almohada blanda para dormir bien!

De pronto, sin decir agua va, se desató una tormenta en medio del lago. El viento comenzó a chillar y a aullar como una bestia enfurecida. Las olas golpeaban contra la borda. Había



visto borrascas antes, pero ninguna como esta. Nuestra pequeña y abarrotada embarcación se iba llenando con rapidez y todos empezamos a sacar agua frenéticamente con lo que encontrábamos. Todos menos el Maestro. No me lo podía creer. Estaba profundamente dormido como si reposara en un sofá de vellón de oveja.

Teníamos el agua hasta los tobillos y el barco se agitaba. Daba la impresión de que estábamos a lomos de un dragón. Nuestra línea de flotación estaba muy alta y pronto nos

inundaríamos. Mantenernos en la barca demandaba todos nuestros esfuerzos. No todos sabían nadar y, aunque supieran, las olas eran tan fuertes que nadie duraría mucho en el agua fría.

Otro discípulo y yo sacudimos a Jesús y le suplicamos que hiciera algo. Como no respondió de inmediato, intentamos una inducción un poco más fuerte para que, ojalá, se sintiera responsable por no ayudarnos en nuestra calamidad.

—¡Maestro, no te importa que nos vayamos a ahogar?  
¡Sálvanos!

Entonces se levantó y con la mano en el mástil le habló a la tormenta.

—¡Silencio, cálmate!

¡Y así fue! Pronto se hizo una gran bonanza. Nos detuvimos un minuto para saborear el momento. Pensé que hubiéramos debido haberle pedido auxilio mucho antes.

Jesús nos miró y nos dijo:



—¿Por qué tenían tanto miedo? ¿Dónde está su fe?

Yo estaba demasiado avergonzado para responder. Claro está que también nosotros teníamos preguntas:

—¿Quién es este hombre, que hasta el viento y el mar le obedecen?

Tomamos conciencia de que no solo seguíamos a un sabio rabino, sino que estábamos en presencia de la gloria de Dios.

Al poco tiempo llegamos sanos y salvos a la otra orilla y recordé los siguientes pasajes: *Fielmente respondes a nuestras oraciones con imponentes obras, oh Dios nuestro salvador. Eres la esperanza de todos los que habitan la tierra, incluso de los que navegan en mares distantes. Calmaste los océanos enfurecidos, con sus impetuosas olas. Calmó la tormenta hasta convertirla en un susurro y aquietó las olas. Los llevaba al puerto sanos y salvos. (Salmo 65:5,7; Salmo 107:29,30)*

Cuando otras tormentas me golpearon inesperadamente más tarde en la vida, confié en que Aquel que estuvo con nosotros en aquella barca ese día estaría conmigo siempre, hasta el fin de mis días.